

ments epigràfics que serveix per entendre o aclarir un aspecte de la història que relaciona al mateix nivell tots els ambients de les províncies romano-republicanes. S'analitza, per mitjà del bronze de Lascuta, el fenomen jurídic d'aplicació de les lleis romanes als pobles envaïts, l'estatus social dels pobles indígenes al Mediterrani, els intercanvis i la relació d'aquest amb el món romà.

La ponència de García Moreno («Sobre el decreto de Paulo Emilio y la "Turris Lascutana" (CIL, 12, 614)») i les tres comunicacions d'aquesta part; F. Marco Simon («La *manumissio* oficial de Emilio Paulo en el marco de la política internacional romana del siglo II a.C.»); A.M. Canto («Un nuevo documento de Paulo Emilio en la Hispania ulterior (CIL, II, 546 = CIL, II, 1119)»); F. Martín («La fórmula *Populus Senatusque Romanus* en el bronze de Lascuta»); aquests donen nova informació sobre dret internacional el segle II a.C.

En el volum s'aconsegueix l'objectiu fixat, es dóna una visió de conjunt de la situació de la Hispània romano-republicana a través de la informació que es desprèn de l'estudi analític del material epigràfic existent.

És útil tant per a l'estudi de la matèria com per al no iniciat. D'una banda, pel nivell científic dels treballs i per la quantitat de documentació bibliogràfica complementària, i de l'altra, per la part introductòria i explicativa dels diferents camps treballats.

Marta Darder

JEAN FLÉCHON, *Actualité de l'Antiquité*, Presses universitaires de Nancy, 1986, 84 pp.

El autor nos explica en un largo prefacio que el propósito de su ensayo es reflexionar y meditar atentamente sobre los maestros de la antigüedad, como única salida posible para comprender e integrar el mundo que nos rodea. Y es que la aceleración del ritmo de vida en las sociedades industriales, el progreso científico y técnico, el acceso al confort, la liberación de las costumbres contribuyen, según J. Fléchon, a rechazar a la antigüedad «dans la nuit des civilisations dépassées», y los lazos que nos unen a estos tiempos pasados parecen hallarse en singular distensión, hasta el punto de dejarnos creer en una aplastante superioridad de nuestro siglo sobre todos los otros. Una reflexión objetiva nos revela, en cambio, la vanidad de tal seguridad, porque el hombre ha sido —y sigue siendo— siempre grande, débil y frágil.

La *Actualité de l'Antiquité* ha obtenido el premio de la Académie des Sciences, Arts et Belles-Lettres de Dijon. La actividad de su autor, variada y rica, se ha desarrollado en originales circunstancias: origen campesino, prisionero de guerra, estudios en la cautividad, a su regreso *agregé* y doctor en *Sciences*, el profesor Fléchon, además de ejercer en la enseñanza secundaria y en la Universidad de Nancy I, se ha ilustrado recientemente gracias a la

invención de un refrigerador solar fototérmico.

Esta variedad existencial rezuma también en la ordenación de la obra, llena de *exempla* o *testimonia* que cabe tildar de humanísticos, junto con otros plenamente actuales, y del dominio científico. Por fin los panegíricos y las apologías de la Antigüedad, clásica y no clásica, proceden de manos de científicos e investigadores no estrictamente vinculados con la filología, la filosofía, ni otras ciencias humanísticas.

El libro está subdividido en varios capítulos bastante correlativos: *Preface* (p. 7); *Introduction* (p. 21); *L'Antiquité* (p. 23); *L'Antiquité dépassée* (p. 29); *La présence de l'Antiquité* (p. 49); *La leçon de l'Antiquité* (p. 73); *Postface* (p. 81). Y decimos «capítulos correlativos» porque, por ejemplo, para definir la actualidad, J. Fléchon define en un capítulo anterior lo que se entiende por antigüedad. Y otra característica del conjunto de la obra que reseñamos es la comparación entre la antigüedad y la actualidad, así como la demostración de sus asertos por medio de silogismos. Y así, en un momento dado (p. 28) afirma que para definir la actualidad el mejor método es el examen de lo que «parece» haber perdido su actualidad.

Si alguna cosa se le puede censurar al ensayo de J. Fléchon —disculpable en parte por lo que presupone tal tipo de composición— es la mezcla heterogénea de material (Civilización egipcia, Neolítico, Grecia, Roma, África, Louisiana, China aparecen mencionados y puestos en parangón en breves líneas).

Tampoco resulta extremadamente agradable que ciertos temas sean abordados con una tal excesiva generalización y ligereza. Todo lo cual, sin embargo, supone en numerosas ocasiones una loable capacidad de síntesis. Un ejemplo evidenciará, creemos, lo que apuntamos: Tras una breve digresión sobre la condición de la mujer en la antigüedad, concluye J. Fléchon sus disquisiciones con una pincelada agilísima y característica de su *maniera* expresiva: «Los sofistas y sobre todo Aspasia de Mileto, compañera de Pericles, jugaron un papel decisivo para devolver a la mujer su legítimo lugar» (p. 47). Y más adelante, refiriéndose al mismo tema pero en Roma, apunta: «En la vida pública los cónsules le ceden el paso, y se conocen las palabras de Catón: "Por doquier los hombres gobiernan a los hombres, y nosotros gobernamos a todos los hombres, pero son nuestras mujeres quienes nos gobiernan"» (p. 48).

Lo que sorprende de modo notable al lector del ensayo que abordamos no es tanto la novedad de los argumentos expuestos, ni tampoco, a nuestro entender, la abundante erudición. Es más bien la lucidez con la que trata problemas inveterados y archidiscutidos. Remitimos a su análisis excelente de la religión, la esclavitud y la condición de la mujer en su capítulo *L'Antiquité dépassée*, aunque, a decir verdad, toda su obra es un paradigma en este sentido. Transcribimos a continuación un fragmento que consideramos fehaciente de lo que venimos diciendo, y por ser del estilo peculiar del

conjunto del ensayo (subrayamos el trozo final): «Ce qui, dans ces faits, choque surtout l'homme du XX^e siècle, c'est cette différence de nature, entretenue entre des êtres semblables afin que les uns puissent, sans vergogne et sans limite, exploiter les autres. Ce qui surtout laisse rêveur, c'est que dans un pays où comme le disait Protagoras "l'homme est la mesure de toute chose" dans une nation qui est la mère de la démocratie, un jugement aveugle, une intermittence de la lucidité *laissent de côté l'essentiel, à savoir l'antinomie fondamentale entre les principes et la conduite*» (p. 45).

Para J. Fléchon, la herencia que nos ha dejado la antigüedad comporta riquezas, siempre actuales cuando se las considera en su naturaleza, pero en permanente devenir si observamos su forma. Los optimistas dirán que esta última progresa, los prudentes constatarán simplemente que ella evoluciona...

Uno de los mejores capítulos, por no decir el mejor, del opúsculo de J. Fléchon es el titulado *La présence de l'Antiquité* (pp. 49 y ss.). En él se abordan temas como la herencia del alfabeto, «cadeau toujours actuel des Anciens» (p. 50), las ciencias, en especial las matemáticas antiguas, la astronomía y la medicina... De un modo muy sugerente el autor preconiza y confirma la vuelta a la geometría elemental para la educación infantil, debido a que la matemática moderna impide al niño «ver» en el plano y a fortiori en el espacio.

Pasa luego el autor a explicarnos la presencia actual de supersticio-

nes, réplica de los mitos y las creencias religiosas antiguas. Define las aportaciones del cristianismo, destacando sus posibles parangones en otras civilizaciones como la egipcia («... tout n'est pas nouveau dans cette profession de foi»). Al *ideal démocratique* dedica J. Fléchon buena parte del capítulo, como obsesionado por dicha gran herencia. Hallamos párrafos bien trabados dialécticamente, como el siguiente: «Nous trouvons donc, toujours associés, deux mouvements contraires dans une société, qu'elle soit antique ou moderne, libérale ou autocratique: l'un qui réclame la justice et lutte pour la conquérir, l'autre qui recherche les privilèges et combat pour les conserver. La paix sociale n'est jamais qu'une trêve. On a pu dire en plaisantant que les peuples heureux n'ont pas d'histoire. Or tous les peuples ont une histoire. Cela voudrait signifier qu'il n'y a pas de peuples heureux» (pp. 57-58). Por lo que respecta a la Democracia, J. Fléchon realiza su panegírico afirmando que es el ideal que puede desear todo grupo humano para su gobierno, y en esto precisamente la antigüedad, más que en otro dominio, resulta actual por trazarnos además el perfil del porvenir tal como podemos anhelarlo.

No existe, según nos cuenta más adelante (p.72), un dominio de la inteligencia que los griegos no hayan tratado con elegancia, con pasión, para extraer de ahí todas las riquezas. También Roma, que representa en todo momento para Fléchon un polo —el otro nos viene de Atenas, parcialmente heredera de Egipto—,

debe tomar un lugar singular en la actualidad de nuestra antigüedad.

En un momento dado de su exposición (casi al final) el autor recapitula, a modo de reflexión, sobre lo que ha ido argumentando a lo largo del ensayo. Dice *grosso modo* que después de haber intentado separar lo que parecía *dépassé*, pasado de moda, de lo que nos es *actual*, ha caído en la cuenta de que la evocación de un aspecto cualquiera de la herencia antigua poseía en grados diversos uno u otro carácter —el ejemplo que nos pone es el del esclavismo antiguo y *dépassé* continuado en el racismo actual.

A modo de conclusión podemos afirmar que después de la lectura de esta obra —en ocasiones un tanto moralista al presentarnos a la antigüedad como *magistra vitae* como único prisma o aspecto— todos se verán con ánimo de manifestar que lo antiguo resulta actual por las lecciones que da a nivel de pueblos y del hombre. Si encontramos natural habitar en las casas de nuestros antepasados desaparecidos, desde el momento en que el tiempo les sustrae la existencia ya no están más cerca de nosotros que Alejandro, Sócrates o César.

Gracias al trabajo de J. Fléchon, creemos poder afirmar, sin temor a equivocarnos, que contaremos a partir de ahora con un conjunto considerable de testimonios, ejemplos y pruebas decisivas —agrupadas y reunidas— de la actualidad de la antigüedad, «*monumentum aere perennius*».

José Antonio Clua

A. FONTÁN & A. MOURE CASAS,
Antología del latín medieval.
Introducción y textos. Gredos,
Madrid 1987, 487 pp.

Entre d'altres mancances notables, la filologia llatina medieval hispànica tenia la d'una antologia suficient del llatí medieval. Existia, és cert, una antologia general, la de V. Blanco García¹, y alguna altra de caràcter parcial com la de L. Vázquez de Parga² o R. Arias³, però cap no era capaç d'omplir el buit manifest al nostre país. Un buit que en altres llocs està perfectament cobert amb llibres com el de K. P. Harrington⁴ o el de F.E. Harrison⁵, per posar-ne només dos exemples de caràcter global. I en aquest sentit, no podrà estranyar gens ni mica si diem que l'antologia de A. Fontán i A. Moure està destinada a ser un clàssic de la filologia com ho és ara mateix, per posar-ne un sol exemple, l'antologia del llatí vulgar de M.C. Díaz y Díaz⁶. D'avui endavant serà corrent parlar del «Fontán-Moure» sense necessitat de més precisions addicionals.

D'altra banda, no es pot passar

¹ *Latín medieval. Introducción a su estudio y antología*, Madrid 1944.

² *Textos históricos en latín medieval, siglos VIII-XIII. Selección y notas*, Madrid 1952.

³ *La poesía de los goliardos*, Gredos, Madrid 1970.

⁴ *Medieval Latin*, Nova York 1925 (Reimpr. a Chicago Press des de 1962).

⁵ *Millenium. A latin reader a.d. 374-1374*, Oxford U.P., Oxford 1968.

⁶ *Antología del latín vulgar*, Gredos, Madrid 1962.